



CAPÍTULO XXV

LA ORACIÓN MENTAL

I

ELEVAR á Dios nuestro espíritu y pedirle sus gracias; acercarnos á Él para decirle: sois mi Dios, mi Padre y todo mi bien; mis labios os bendicen, mi corazón os adora y todo mi sér exclama enajenado de amor y de ternura: ¿quién hay semejante á Vos? Vuelve nuestra miseria sus miradas sobre sí misma, y clama llena de esperanzas, al que es Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, al que es riquísimo en bondad y gracia. Tal es la oración: ¿hay algo más sublime y hermoso y que con tanta abundancia derrame en nosotros las fuentes del consuelo? Mas antes de detenernos en otras consideraciones digamos una palabra acerca de la conveniencia y necesidad de la oración.

La Providencia divina no solamente dispone los efectos que han de tener lugar, sino

también las causas y el orden de que han de provenir. Entre esas causas están comprendidos los actos humanos, que no cambian la divina disposición, mas por ellos se cumplen algunos efectos según el orden dispuesto por Dios. Esto podemos aplicarlo á la oración: no oramos para cambiar lo que Dios dispone, sino para alcanzar lo que Dios ha dispuesto concedernos por medio de la oración, esto es: para que pidiendo, merezcamos lo que Dios ha resuelto concedernos desde antes de los siglos.—Dios nos da muchas cosas por su liberalidad, aunque no se las pidamos; mas respecto de otras, quiere dárnoslas mediante nuestros ruegos, y esto á fin de inspirarnos confianza en recurrir á Él, y para que reconozcamos que Él es el autor de nuestros bienes (1).

Dios es la primera y universalísima causa á quien está sujeto el ente y todos sus modos, y entre otras causas está la oración que obtiene el cumplimiento de lo que Dios ha dispuesto que tenga lugar mediante la misma oración.

Dios ha ordenado la oración como causa segunda para obtener de Él lo que necesitamos. Orad, nos dijo nuestro Divino Maestro, para que no caigais en la tentación (2). Orad los unos por los otros para que seais salvos, porque mucho vale la oración perseverante del justo (3).

(1) 2-2, Q. LXXXIII, a. II.

(2) Math. XXVI, 41.

(3) Jac. V, 16.

La oración no solamente es útil y conveniente para la salud, sino necesaria á todos los adultos, porque Dios Nuestro Señor ha dispuesto que por las oraciones, como por un medio muy á propósito, consiguiésemos la salvación, como consta de las palabras de la Escritura que acabamos de citar (1).

La oración, como cualquier otro acto de virtud, tiene la eficacia de merecer en cuanto procede de la raíz de la caridad, que tiene por objeto el bien eterno, y procede de esta virtud mediante la religión, y tiene que ir acompañada de otras virtudes, como la humildad y la fe. La fe es necesaria con relación á Dios, á quien oramos creyendo que podemos obtener de Su Majestad lo que pedimos. Es también necesaria la humildad, reconociendo nuestra indigencia.

El que pide con fe por las necesidades de esta vida, dice San Agustín, es oído misericordiosamente y misericordiosamente no lo es, porque el médico sabe mejor que el enfermo lo que á éste le conviene. Mas si lo que se pide es útil y pertenece á la salvación, puede merecerse, no sólo orando, sino también por medio de otras obras buenas, é indudablemente se recibe si esto se hace como conviene, con humildad y perseverancia. Algunas veces pides, dice San Basilio, y no recibes, porque has pedido mal, ya por defecto de fe, ya por ligereza, ya por no

(1) Billuart.

convenir lo que pedías ó bien por falta de perseverancia (1).

Para la oración se requieren tres cosas: primera, que el que ora se acerque á Dios, y esto se indica con la palabra oración, que eleva á Dios nuestras almas; segunda, la petición, que San Pablo significa con la palabra postulación; tercera, requiérese también la razón de impetrar lo que se pide, tanto por parte Dios como por parte del que pide. Por parte de Dios es su santidad, según estas palabras de Daniel: Por amor de tí mismo, oh Dios nuestro, inclina tu oído (2); á esto pertenece la obsecración, que es una protesta por las cosas sagradas, como cuando decimos: Por tu nacimiento, líbranos Señor.

La razón de impetrar por parte del que pide, es la acción de gracias; puesto que dando gracias por los beneficios recibidos merecemos recibir otros mejores (3).

En cuanto al objeto de nuestras oraciones podemos pedir á Dios Nuestro Señor los bienes temporales, porque es lícito pedir lo que es lícito desear, y sin duda alguna es lícito desear las cosas temporales, no para poner en ellas nuestro fin, sino para que nos ayuden á ganar la felicidad eterna, esto es, en cuanto nos sirven para conservar la vida y para practicar los

(1) Ap. D. Thom. cit. a. XV.

(2) IX, 17.

(3) D. Thom. cit. a. XVII.

actos de las virtudes; porque el que quiere la suficiencia de la vida, dice San Agustín, no obra inconvenientemente al querer lo que es bastante para ella y no más, y ésta no se apetece por sí misma, sino por la salud del cuerpo y por lo que corresponde á la persona del hombre, á fin de no molestar á los demás, con quienes tiene que vivir. Se debe, pues, orar por la conservación de estos bienes cuando se tienen, ó por obtenerlos cuando se carece de ellos, buscando primero el reino de Dios y después los bienes temporales; dicese después, no respecto al tiempo, sino en cuanto á la importancia: el reino de Dios como nuestro bien, y los bienes temporales en cuanto son necesarios (1).

La glorificación del nombre de Dios, nuestra salvación y la de nuestros prójimos, deben ser los objetos preferidos de nuestras peticiones. ¿Qué testimonio de amor podríamos presentar á Dios, si, viendo los gravísimos pecados con que en todas partes es ofendido por los hombres, permaneciésemos indiferentes, sin rogarle con vivísimas instancias que los pecados se impidan y reine en el mundo la justicia y Él sea glorificado en todo el universo? Si amamos á este Dios, dignísimo de toda adoración y gloria, quedará nuestra alma traspasada de dolor inmenso y llena de amargura, pensando en las ofensas que sin cesar se le hacen en el mundo; la pena nos consumiría como al Profeta Rey, y

(1) A VI.

quisiéramos á costa de nuestra propia vida que jamás fuese ofendida, y sí glorificada, la bondad de Dios Nuestro Señor. Pues este es un medio de que podemos valernos para alcanzar lo que deseamos: la oración; pidamos con humilde y ardiente plegaria y sin interrupción que se evite el pecado y que Dios sea conocido y amado de todos los hombres.

El amor que nos debemos á nosotros mismos está pidiendo que roguemos al Señor nos libre del pecado, nos llene de su gracia, que nos conceda el don de la perseverancia final en su divino amor para bendecirle y amarle eternamente en la gloria.

Asimismo debemos orar por nuestros hermanos, pues esto pertenece á la razón del amor que les debemos. La necesidad nos obliga á orar por nosotros mismos, dice el Crisóstomo; mas la caridad fraternal nos exhorta á orar por los demás; y la oración más dulce ante Dios no es la que la necesidad impone, sino la que recomienda la caridad fraternal (1). No debemos excluir de la oración á nuestros enemigos, porque del mismo modo que estamos obligados á amarlos lo estamos á rogar por ellos (2).

(1) A VII.

(2) Idem.

II

Es útil, necesaria la oración para salvarnos; ¿cómo podremos hacerla con la fe y la humildad, con el fervor y la perseverancia que son indispensables, si no meditamos en las grandes verdades de la religión, en el conocimiento de nosotros mismos, y en todo aquello que se relaciona con nuestra salud eterna?

Dios Nuestro Señor, á quien debemos creer y amar con todo nuestro afecto, es un sér invisible que no cae bajo la acción de nuestros sentidos; preciso es, por lo mismo, reflexionar muy despacio en las verdades que la fe nos enseña acerca de Su Majestad, para que así podamos comprender, en cuanto sea posible, no sólo la altísima importancia de estas mismas, sino también lo que exigen de nosotros, qué es lo que debemos al Señor y cuál ha de ser nuestra conducta.

No vemos ni los bienes eternos que Dios tiene reservados á los justos, ni los suplicios del infierno; ¿cómo influirán en nosotros saludablemente, si en ellos no pensamos muy despacio y con una profunda reflexión?

En cuanto al conocimiento que debemos tener de nosotros mismos, éste nos es indispensable si queremos evitar muchísimos males de una trascendencia incalculable; no conociendo ni reflexionando en nuestros deberes, se apodera-

rá de nosotros la soberbia y seguiremos fácilmente la senda de todos los vicios.

También faltaremos á los deberes que tenemos con nuestros hermanos si no reflexionamos en lo que exigen para con ellos la caridad, la justicia y las obligaciones particulares que tenemos para con los mismos.

Después de tales reflexiones, la meditación se impone por sí misma. Dios, nosotros y nuestros hermanos: estos deben ser los grandes objetos de nuestra meditación. Digamos sobre ellos siquiera una palabra.

Debemos meditar en Dios Nuestro Señor, en las relaciones que tiene con nosotros y en los deberes que tenemos con Él. Aun prescindiendo de la obligación que tenemos de hacerlo, ¿hay por ventura un objeto más noble, más digno, más lleno de suavidad y dulzura, más santo y amable en que podamos ocupar la inteligencia y todo nuestro afecto que Dios Nuestro Señor? Él es fuente inagotable de vida, de luz y de amor; altísimo Dios nuestro, Criador supremo, Padre dulcísimo, cuya bondad es infinita, que nos ha comunicado todos sus tesoros con un amor muy grande; nuestro Dios querido, de quien todo lo esperamos. ¿Cómo no meditar en sus divinas perfecciones para conocerle con mayor claridad, para amarle con todo nuestro afecto? Es el bien sumo, único verdadero bien que puede hacernos felices; seríamos unos desgraciados si no nos acercásemos á Él por el conocimiento y el amor. Y la meditación nos lo

da á conocer é inflama nuestras almas en las llamas del amor divino. Meditemos, pues, en Dios, y hagámoslo con mucha frecuencia. Los que se acerquen á El serán iluminados y se abrasarán muy pronto en el fuego de su amor divino.

Es indispensable ocuparnos en nuestro propio conocimiento, á fin de evitar innumerables males y desgracias, y para poder seguir el camino del Señor. No conociéndonos, fácilmente formaremos en nosotros mismos un concepto muy equivocado, y un error semejante no dejará de producir los resultados más funestos. Además, ignorando los peligros que nos rodean, los enemigos que procuran nuestra ruina espiritual y las malas inclinaciones de nuestra alma, viviremos en un funesto descuido y casi inevitable será nuestra ruina. Mas, al contrario, conociendo que somos la misma miseria y que sólo la gracia de Dios puede salvarnos de tantos peligros como en todas partes nos rodean, acudiremos á Su Majestad en busca de socorro; y recurriremos á la misericordia del Señor con una instancia tanto más fervorosa y ardiente, cuanto mejor conozcamos que nada podemos por nosotros mismos, y que los males que nos amenazan son gravísimos y de una trascendencia muy grande. Estar para siempre separados de Dios Nuestro Señor y sufrir los tormentos eternos del infierno... ¿quién puede medir la magnitud de semejante desgracia? Y ¿qué son todos los goces de la vida presente,

las delicias del pecado, que nos acarrean aquella desgracia irremediable? Salvarnos, pues, es de suma importancia; es el gran negocio que tenemos que arreglar en esta vida; mas si en esto no reflexionamos, no nos empeñaremos en seguir el camino de Dios, que es tan contrario y enojoso á nuestras malas inclinaciones.

Por lo que acabamos de decir, descúbrese la altísima importancia, la imperiosa necesidad de la meditación. Sin ésta, los ruegos que dirigamos al Señor no serán humildes, ni fervorosos, ni constantes, pues todo esto es el resultado de la meditación.

La creación, la encarnación del Verbo divino, su pasión y muerte, el Santísimo Sacramento del Altar, y los demás beneficios que hemos recibido de Dios Nuestro Señor, obligan para con El el amor y la gratitud de nuestras almas; mas no pensamos en tales beneficios. Y no reflexionando en su grandeza y el amor inmenso que entrañan, ¿cumpliremos con los preciosos deberes que nos impone la gran bondad de Dios? Meditando en tales beneficios quedaremos asombrados de la benignidad de Dios, de su largueza infinita en hacernos bien; veremos que es el Sér de los séres, inmutable y eterno, y que nosotros nada somos en su divina presencia. ¿Cómo explicarnos que incline hasta nosotros su inmutable deidad? Y tendremos que acordarnos que su amor divino excede todo entendimiento, y el corazón se sentirá inflamado en las llamas de la más ardiente caridad; y

mientras más pensemos en la soberana grandeza del Eterno y en nuestra miseria, aumentará el asombro que nos ha sobrecogido y veremos con más claridad cuánta es la obligación que tenemos de amarle y servirle, y de aquí nacerán las resoluciones más generosas y los más firmes propósitos de ser enteramente de Dios y de vivir para su gloria. ¿Qué dificultad tendremos por insuperable, ó cuáles serán los lazos que nos liguen con el mundo y las pasiones que no destrocemos generosamente por servir á Dios, contando siempre con el auxilio de su gracia? Estas son las grandes ventajas que consigo trae la meditación.

Vivimos en sociedad y tenemos para con los prójimos grandes deberes que cumplir; es necesario amarles como á nosotros mismos, no hacerles ningún mal y ejercitar con ellos las obras de misericordia. Si no nos penetramos de la importancia y grandeza de semejantes deberes, ¿los cumpliremos como conviene?

De esta manera la meditación se impone por sí misma, y nos descubre la necesidad que tenemos de consagrarnos á ella. Dedicuémonos, pues, á un ejercicio que nos es tan provechoso y que se halla relacionado íntimamente con nuestra salud eterna.



CAPÍTULO XXVI

LA MORTIFICACIÓN

I

EL Apóstol San Pablo, teniendo oprimido de tristeza el corazón, exclamaba: ¡Qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte (1)? Tal es el triste estado en que todos nos hallamos; la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne, porque uno y otra son contrarios. El espíritu trata de rebelarse contra Dios y la carne contra el espíritu. Siendo esto así no puede negarse la gran necesidad que tenemos de la mortificación cristiana; es preciso combatir contra los enemigos de nuestra salud, y ya que toda la vida es un combate nunca interrumpido, jamás tendremos que dejar las armas si no queremos que los enemigos triunfen de nosotros.

(1) Rom. VII, 24.



Oigamos ahora la enseñanza del Maestro divino: Si alguno quiere venir en pos de Mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (1). San Pablo nos dice: Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias (2); y de sí mismo decía: castigo mi cuerpo y lo sujeto á servidumbre (3).—Debemos, pues, mortificar nuestro espíritu y nuestra carne ofreciendo al Señor una hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos (4), y los padecimientos que trae consigo la mortificación, nos harán recordar estas palabras de los Libros Santos: Si padecemos con Jesucristo, seremos juntamente con Él glorificados (5).

Preside á la mortificación cristiana un pensamiento de altísima nobleza, y al mismo tiempo nos revela una fuerza admirable y soberana.—Dios creó al hombre recto (6); por el pecado perdió su rectitud; mas aun en el mismo fondo de la degradación al que le arrojó la culpa, no ha olvidado su primitiva grandeza y por ella suspira tristemente.

Por la gracia del divino Redentor, puede decirse con toda verdad que el hombre fue lavado, santificado y justificado en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de

(1) Matth. XVI, 24.

(2) Galat. V, 24.

(3) Cor. IX, 27.

(4) Rom. XII, 1.

(5) Rom. XIII, 17.

(6) Ecles. VII, 30.

nuestro Dios (1); mas, sin embargo, ni la inteligencia está en clara posesión de la verdad, ni faltan malas inclinaciones á nuestro corazón.

Aun estando en gracia de Dios, tenemos que sufrir los terribles ataques de las pasiones. Bien sabemos, decía el Apóstol, que la ley es espiritual, porque yo, por mí, soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado... Bien conozco que nada de bueno hay en mí, quiero decir en mi carne; pues aunque haya en mí la voluntad para el bien, no hallo cómo cumplirla... Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas veo otra ley en mis miembros que resiste á la ley del espíritu y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo (2). El hombre no se halla contento en un estado semejante; si obra el mal no desconoce que se degrada á sí mismo; llora su debilidad y se avergüenza de su mal proceder (3). Cuando, pues, la gracia de Dios le dice estas palabras: ¡oh tú que duermes, levántate y sal de entre los muertos y te iluminará Jesucristo (4), le inspira un pensamiento sublime, y al levantarle, la divina gracia sigue diciéndole: deja las obras de las tinieblas y vístete de las armas de la luz y camina con toda honestidad, no en banquetes y embriagueces, no en desho-

(1) Cor. VI, 11.

(2) Rom. VII, 14, 18, 23.

(3) Ephes. V, 14.

(4) Rom. XIII, 12-14.

nestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias; revístete de Jesucristo y no trates de cumplir los deseos de la sensualidad (1).

¿Cómo destruiremos esas obras de pecado? Así como habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir á la impureza y á la injusticia para cometer la iniquidad, decía el Apóstol, así empleadles ahora en servir á la justicia para santificaros, porque cuando érais esclavos del pecado estuvisteis exentos de la justicia. Mas ¿qué fruto habéis sacado de aquellos desórdenes de que al presente os avergonzáis? La muerte es el fin á que conducen.

Dé esta suerte, la mortificación cristiana, resplandeciendo con la hermosura de la justicia, vengando las ofensas cometidas contra Dios, produce en nuestras almas el fruto de santificación y vida eterna, como añadía el Apóstol.

La mortificación cristiana eleva, pues, nuestras almas, es verdaderamente sublime, y el camino que nos señala es de progreso y de gloria; trata de rehabilitarnos por medio de la humillación y del sufrimiento, porque así lo exigen la justicia y el orden.

Otro carácter de la mortificación, que nos revela su excelencia y hermosura, es que presupone la fortaleza; pues la debilidad, la cobardía ó la falta de resolución, son los obstáculos que presentamos á la mortificación. Esta nos pide confianza en Dios y noble esfuerzo que nos ha-

(1) Rom. VI, 19-21.

gan vencer esas grandes miserias que tanto se le oponen.

Si nos negamos á la mortificación, seremos unos débiles, y también seremos unos insensatos si desconocemos su excelencia, que á la vez ensalzan la justicia y el orden, el buen sentido y el verdadero progreso. Añadamos á todo esto que la mortificación nos viste del mismo Jesucristo y descubre en nosotros su vida santísima. Traemos siempre en nuestro cuerpo, decía el Apóstol, por todas partes la mortificación de Jesús, á fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos (1), porque nosotros, aunque vivimos continuamente, somos entregados á la muerte por amor á Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.

¡Qué magnificencia tan gloriosa y qué dicha tan cumplida! Nuestro Señor amorosísimo sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia (2); los que somos sus hijos tampoco rehusaremos la cruz de la mortificación, y esa cruz no nos causará vergüenza; antes bien será nuestra gloria.

Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (3). Esto es lo que quita á la mortificación sus amarguras, lo que tan ligero nos vuelve su peso.

(1) Cor. IV, 10, 11.

(2) Heb. XII, 2.

(3) Act. XIV, 21.

Contemplamos desde lejos el término á que nos lleva y vemos que el camino no ha de durar para siempre, y rebosando de inefable dicha exclamamos con San Pablo: Las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos la mira en las cosas visibles sino en las invisibles, pues las que se ven son transitorias, mas las que no se ven son eternas (1). Por esto decía San Bernardo: la cruz puede ser amada, la cruz produce en nuestras almas un inmenso gozo (2). Tal es el motivo por el cual los Santos decían al Señor: ¡Oh Señor, quiero padecer y ser despreciado por Tí!—Quiero padecer ó morir.—Quiero padecer y no morir.

Sea, pues, para nosotros la mortificación la cruz dulcísima de Jesucristo, en la cual vivamos y muramos, en la cual estemos crucificados con Jesucristo Nuestro Señor. Unidos con Su Majestad en el espíritu y en el sufrimiento, podremos decir con San Pablo: Libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo estoy para el mundo (3).

¡Oh qué gloria tan sublime, qué santas delicias! ¿Por qué no nos arrojamos, decía San Francisco de Sales, sobre Jesús crucificado,

(1) II. Cor. IV, 17, 18.

(2) Serm. de S. Andréa.

(3) Galat., VI, 14.

para morir con Él en la misma cruz en que perdió la vida por nuestro amor? Yo le abrazaré, debemos decir, y jamás habré de abandonarle; moriré con Él y arderé en las llamas de su amor. Y el Beato Avila decía también: ¡Oh cruz, hazme lugar, recibe mi cuerpo y deja el de mi Señor! Ensánchate, oh corona, para que pueda yo poner en tí mi cabeza; clavos, dejad esas manos inocentes, atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor (1).—La mortificación nos alcanza esas gracias que pedían los Santos, pues por ella participamos de los padecimientos de Jesucristo y vivimos de su mismo espíritu mediante la caridad, pudiendo decir estas palabras: Ninguno de nosotros vive para sí mismo ó muere para sí mismo.—Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos ó muramos, somos del Señor (2).

II

Vastísimo es el campo en que tiene que ejercitarse la mortificación: es todo nuestro sér.

La doctrina de la Iglesia sobre el particular es la siguiente: Cuando el primer hombre quebrantó en el paraíso el precepto de Dios, per-

(1) *Práct. del amor á J. C.*—S. Alfonso, cap. I.

(2) Rom. XVI, 7, 8.

dió inmediatamente la santidad y la justicia en que fue constituido, y por la culpa de su prevaricación incurrió en la ira é indignación de Dios y, por consiguiente, en la muerte con que antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder del mismo que tuvo después el imperio de la muerte, es á saber, del demonio, y todo Adán pasó por el pecado de su prevaricación á peor estado en el cuerpo y en el alma (1).

El Apóstol nos dice: Así como el primer hombre ha sido terreno, así también lo han sido sus hijos; y como es celestial el segundo, son también celestiales sus hijos. Según esto, de la misma manera que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos la del celestial (2). ¿En cuál de las facultades del alma ó en qué parte del cuerpo no se ha dejado sentir la influencia funestísima del pecado de Adán? Tendrá, pues, la mortificación que ocuparse en renovar todo nuestro sér según la imagen del celestial Adán, el alma en todas sus potencias y el cuerpo en todos sus sentidos. Oisteis predicar, decía el Apóstol, y aprendisteis á desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido, y os habéis viciado siguiendo la inclinación de las pasiones. Renovaos, pues, ahora en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á la ima-

(1) Conc. Tríd., sess. V, can. I.

(2) I. Cor. XV, 48, 49.

gen de Dios en justicia y honestidad de verdad (1). De sí mismo decía San Pablo: En mí habita el pecado ó sea la concupiscencia. Conozco que nada bueno hay en mí, quiero decir en mi carne (2).

Veamos ahora de qué manera la mortificación va restaurando todas nuestras pérdidas. Purifica la inteligencia, cautivándola en obsequio de Cristo. No blasonéis, nos dice, de cosas altas; acomodaos á lo que sea más humilde. No queráis teneros dentro de vosotros mismos por sabios (3). Nadie se engañe á sí mismo; si alguno de vosotros se tiene por sabio según el mundo, hágase necio á fin de ser sabio á los ojos de Dios (4). La presunción del saber penetra hasta lo más profundo del alma, mas es preciso arrojarla enteramente de nosotros; no debemos tenernos por sabios, y si queremos serlo en verdad, hagámonos como necios, y para esto son enteramente indispensables la modestia y la humildad; la primera tendrá que contener nuestros pensamientos altivos, y la segunda sabrá inspirarnos docilidad y rendimiento, cuando así convenga, al sentir de los demás. No olvidemos estas palabras dirigidas contra los sabios presuntuosos: Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes (5).

(1) Ephes. IV, 21-24.

(2) Rom. VII, 17, 18.

(3) Rom. XII, 16.

(4) I Cor. III, 18.

(5) Id. I, 19.

Todos tenemos una inclinación pronunciadísima por nuestro propio sentir; si esto fuera únicamente por el amor á la verdad, nada tendría que hacer entonces la mortificación; mas ¿cuántas veces aquella inclinación estará manchada con mil imperfecciones y defectos? Amamos nuestro sentir porque nos pertenece, porque es el producto de nuestra propia inteligencia. Penetre, pues, la mortificación hasta los pliegues del alma y del espíritu, según la frase de San Pablo, hasta lo más profundo de nuestro ser, y discierna los pensamientos y las intenciones del corazón (1); y después de esto rechazemos con santa indignación cuanto fuere contrario á la justicia y á la santidad, al inmaculado amor de la verdad, y humillémonos delante del Señor por nuestras faltas. ¡Oh, y cuántas veces tenemos que trabajar en todo esto, pues es indispensable no desfallecer! *Quotidie morior*, decía el Apóstol (2); así también nosotros muramos diariamente al amor desordenado de nuestro propio sentir, y reinará en nuestras almas la paz del Señor.

Respecto de nuestra voluntad, la labor de la mortificación es difícilísima y compleja: allí están los deseos, los afectos y las inclinaciones del corazón humano y todas sus pasiones. Vió Dios, dice la Escritura divina, que era mucha la malicia de los hombres, y que todos los pen-

(2) Heb. IV, 12.

(2) I Cor. XV, 31.

samientos de su corazón se inclinaban al mal en todo tiempo (1). ¿Cuál será el remedio para tantos males? La mortificación se nos presenta diciendo á cada uno de nosotros: Hijo mío, no puedes poseer la perfecta libertad sino negándote á tí mismo enteramente. Gimen en tristes prisiones los amadores de sí mismos, los codiciosos, los curiosos, los vagabundos, los que buscan sus comodidades y no lo que pertenece á Jesucristo; se engañan y entretienen con lo que no permanece para siempre, porque todo lo que no viene de Dios tendrá que perecer. Este es un documento de consumada sabiduría: Deja todas las cosas y todo lo hallarás; abandona los deseos que te turban y encontrarás el descanso. Medita en esto, y cuando lo hayas cumplido lo entenderás. Señor, esto no es obra de un día ni es juego de niños, sino que encierra la más elevada perfección.—Hijo mío, no debes retirarte ni desfallecer contemplando el camino de los perfectos; mas, al contrario, debes excitarte á tí mismo y suspirar ardientemente por esa perfección tan elevada. ¡Ojalá que no fueses amador de tí mismo y estuvieras siempre dispuesto á cumplir mi voluntad, y deseando ser perfecto como el Padre celestial! Me agradaría sobremanera, y tu vida se deslizaría tranquilamente en el gozo y en la paz del espíritu. Tienes todavía que dejar muchas cosas, y si no te resignas del todo á mi volun-

(1) Gen. VI, 5.

tad no conseguirás lo que pides. Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, esto es, la sabiduría del cielo, que conculca todo lo miserable y transitorio. Humilla la sabiduría terrena y reprime toda humana y propia complacencia (1).

Hijo mío, continúa hablándonos la mortificación, arregla totalmente tus deseos según mi beneplácito; no seas amador de tí mismo, sino de mi voluntad.—Muchas veces, los deseos te abrasan é impelen con vehemencia; mas considera si los dirige mi honor ó tu propia comodidad; si es lo primero, siempre estarás contento con lo que yo dispusiese, sea lo que fuere; mas si hay algo de tí mismo en tales deseos, sentirás pena y desconsuelo. Nada desees con vivas ansias sin consultarme de antemano, no sea que el arrepentimiento ó el desagrado sigan al consuelo que habías tenido antes, y esto aun en las cosas que te parecían mejores, porque no toda afición que parece buena debemos seguirla desde luego, ni rechazar de la misma manera la que le es contraria. Conviene refrenarnos, aun en los deseos que nos parecen buenos, para evitar muchas veces la disipación del espíritu, la ligereza, el escándalo ó la turbación (2).

La mortificación ocúpase también en contener los extravíos de la imaginación, de esa loca de la casa, como la han llamado algunos, que

(1) *Imitación*. Lib. III, cap. XXXII.

(2) *Id.* Lib. III, cap. XI.

con tanta frecuencia nos inquieta y nos turba, y produce también en repetidas ocasiones males de una trascendencia incalculable.

Asimismo la mortificación dirige y modera el ejercicio de nuestros sentidos según las reglas de la modestia cristiana. Les prohíbe cuanto es contrario á la santa ley de Dios, y aun respecto de lo lícito les señala el camino de la perfección; podemos ver, por ejemplo, una hermosa campiña, y la mortificación nos dice: bajad los ojos. Conversando con nuestros hermanos quisiéramos decir alguna cosa que caería muy bien, y la mortificación nos aconseja que no la digamos. Así en lo demás en que podamos vencernos. De esta suerte aquella virtud nos ejercita y nos hace adelantar continuamente en el servicio de Dios.

Para que la carne no se rebele contra el espíritu y también para que satisfagamos á Dios por nuestras culpas, aquella virtud nos dice que mortifiquemos nuestro cuerpo, haciendo morir en nosotros los malos deseos y los apetitos de la sensualidad (1), y que á ejemplo del Apóstol castigemos nuestra carne, acordándonos de la siguiente doctrina á fin de animarnos á la práctica de la mortificación: Los que han de luchar en la palestra guardan en todo una exacta continencia, y no es sino para alcanzar una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna. Así es que yo voy

(1) Colos. III, 5.

corriendo, no como quien lo hace á la ventura; peleo, no como quien tira golpes al aire sin tocar á su enemigo, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo.—Corramos, pues, de tal manera que ganemos la corona de la gloria (1).

(1) I Cor. IX, 24-27.



CAPÍTULO XXVII

LA HUMILDAD

I

UN glorioso testimonio rendido á la verdad, un tributo pagado á la justicia y el camino del amor de Dios, es la humildad.

Esta santísima virtud de que hablamos enseña al hombre á conocerse á sí mismo; ofrece á Dios todo el honor y la gloria que le corresponden, y conduce al hombre por las sendas del amor divino, descubriéndole la bondad infinita del Señor.

La humildad nos habla en estos términos: ¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo has recibido por qué te glorías como si no lo hubieses recibido? (1).—¿De qué se ensoberbecen

(1) I Cor. IV, 7.